

¿Se puede salir de la economía soviética?

Jean Meyer

Aunque los economistas desconfían de los historiadores, el historiador tiene derecho a recordar que los imperios no son el resultado de la pura casualidad. De hecho, en casi todas las regiones de la ex URSS, con excepción de los países bálticos y de Ucrania occidental, se nota la ausencia histórica de una verdadera propiedad privada, en el sentido romano y europeo del concepto. El imperio ruso siguió siendo un Estado patrimonial hasta 1861*. De hecho el zar - emperador era amo y propietario de todo, personas y bienes; otorgaba a los nobles (él los hacía tales) el gozo, el uso, que no la propiedad real, de las tierras con los siervos que las poblaban. Tal fue la única forma de propiedad experimentada entre 1000 y 1861 y eso explica la ausencia de una práctica, de una mentalidad, de un derecho de propiedad.

Lo que interesa hoy al ruso común y corriente, no es el acceso a la propiedad de su departamento, de su casa, de su parcela, sino la garantía de conservar su uso hasta su muerte. Además, la conciencia colectiva rusa no ha olvidado cómo terminaron los "años dorados" de la NEP (nueva política económica 1920-1928), la última experiencia de propiedad privada: los *nepmani* de la ciudad (comercio, servicio, pequeña industria) perdieron todo; en cuanto a los campesinos, les fue peor. La colectivización brutal y total empezó con la "liquidación de los pequeños propietarios en cuanto clase", y costó la vida, entre 1929 y 1939, a 20 millones de personas.

En Francia, en México, en Polonia, en Chequia, en Slovaquia el acceso a la propiedad es una manifestación de libertad, democracia, igualdad. En Rusia, la libertad no tiene esa relación con la propiedad, por lo tanto a Solzhenitsin le cuesta trabajo entender el discurso de Alain Touraine, ligando reformas políticas y reformas económicas en la forma siguiente: no hay libertad sin democracia, no hay democracia sin mercado, no hay mercado sin propiedad privada. En Rusia, el problema de la privatización, del reparto de los bienes del partido comunista, del ejército, del KGB, del Estado central, es muy diferente del que conoció Francia en 1986 y que conoce otra vez en 1993, o de la privatización tal como la practicó México desde los tiempos de Miguel de la Madrid. En Rusia se trata de una lucha política entre nuevos poderes que se pelean el derecho milenarista de "otorgar el uso". Así Anatoli Sobchak, alcalde reformista de Sankt Peterburgo, pretende decidir por sí mismo de la privatización de las casas, de las fábricas, de las tierras de su municipio y se encuentra en conflicto con el presidente Yeltsin, del cual, por otra parte, es partidario leal. El alcalde de Moscú, todos los alcaldes de ciudades importantes, las repúblicas y las regiones autónomas,

todos tienen el mismo pleito con la autoridad superior, y arriba con la República federativa rusa y su presidente Boris Yeltsin, o sea lo que queda del poder central. Como se ve, en esas condiciones, cualquier decisión económica es primero un balance de las fuerzas políticas. La reforma económica tiene como consecuencia el acceso a los recursos que daría la privatización, el acceso al poder político que daría el otorgamiento de los medios de vivir: trabajo, alojamiento, etc... a toda la nación.

El asunto de la privatización, de la reforma económica, se plantea en estos términos, por eso no se puede comparar con las experiencias de Europa oriental. Además, en las ex repúblicas democráticas hubo un cambio radical del personal político y llegaron al poder equipos reformistas, más o menos radicales, apoyados por la voluntad de la población, expresada en las urnas. En Rusia, es necesario machacar esa verdad, el derrumbe demasiado repentino del poder de la cúpula soviética dejó todas las estructuras intactas: KGB, gobernación, ejército, clase dirigente, complejo militar-industrial (C.M.I.), y un pseudo parlamento, electo a la soviética en 1990, con el 82% de las curules reservadas a los comunistas. Tales son las fuerzas que desde enero de 1992 cierran el paso a todos los intentos de Yeltsin para reformar la economía.

II

Andropov y su equipo había diagnosticado la gravedad de la crisis económica de la URSS. Para uso interno, el KGB elaboró estadísticas probando que, desde 1960, el crecimiento iba disminuyendo de manera constante, y apuntaría pronto hacia 0. De una tasa de 9.3% al año en los 50, de 4.2% en los 60, de 2.1% en los 70, bajaba a 0.6% para 1981-1985. No existen cifras fiables después pero, oficialmente, desde 1989 la URSS se encontraba en recesión: el decrecimiento en 1990 fue de 4%.

Antes de la perestroika (1985-1991), el último intento serio de "reestructuración", había sido el promovido por Nikita Jrushchov, a fines de los años 50. Acompañado por el relativo "deshielo del maíz" político-cultural, por la liberación de millones de presos y por la "coexistencia política", se había topado, rápidamente, con obstáculos infranqueables: dentro de la doctrina económica soviética imperante, era imposible pasar del crecimiento extensivo al crecimiento intensivo. El peso del Complejo Militar-Industrial (CMI) y el fetichismo de la planificación hicieron abortar todos los intentos de reforma.

Isabel Turrent ha señalado el papel decisivo del análisis andropoviano del crecimiento cero, en la cesación al poder de Gorbachov y en el lanzamiento de la perestroika, como último intento de "revolución desde arriba". Los dirigentes

* En 1861 el zar "libertador" Alejandro II da la libertad a los siervos (la gran mayoría de los campesinos) pero mantiene la propiedad colectiva de la tierra.

soviéticos buscaron nuevas vías para recuperar el crecimiento perdido pero, como no se atrevieron a abandonar su marco teórico, no pasaron de las reformas microeconómicas sectoriales. Así, la ley de junio de 1987 otorgó a las empresas (que seguían estatales) la autonomía de gestión y la responsabilidad financiera, con acceso al comercio exterior. Como no modificaba el modo de formación de los precios, ni el sistema de pedidos por conducto del Estado, ni tampoco el estatuto de las empresas, la reforma afectó la estabilidad del sistema anterior sin mejorarlo.

Siguieron la inversión exagerada en ciertos sectores, el despilfarro de energía y materias primas, la primacía del CMI, la destrucción acelerada del medio ambiente; aparecieron nuevos problemas como los desequilibrios monetarios. En 1989 los economistas soviéticos entendieron claramente que la crisis económica no podría resolverse sin cambiar las bases del sistema, sin llegar al mercado y a la propiedad privada. Se trataba de una verdadera revolución que necesitaba decisiones políticas. Varios proyectos fueron presentados, en 1989 por Abalkin, en 1990 por Bocharov, Shatalin, Shemeliev. Todos se toparon con la resistencia muy normal del demasiado prudente gobierno de Nikolai Rízhkov y con las veleidades de Gorbachov.

Así, cuando en la primavera de 1990, Rízhkov se decidió por fin a la liberación de los precios, para empezar la transición hacia la economía de mercado, desvirtuó en seguida la reforma. Afirmó que "tanto el país como la conciencia social no estaban listos para un pasaje rápido a la economía de mercado"; por lo tanto invitó al gobierno central, a las repúblicas, a los soviets locales y a las empresas a dar prestaciones para compensar el alza de los precios. La falta de legitimidad política del gobierno le prohibió la "terapia de choque" aplicada en Polonia por el gobierno de Lech Walesa y de Solidaridad.

Mientras, la república rusa de Yeltsin adoptaba (septiembre de 1990) un "programa de 500 días" de transición hacia el mercado. Ese plan firmado por Shatalin rompió, por primera vez, con las ilusiones de que era posible remendar el sistema soviético. El plan empezaba con una evaluación devastadora de la economía y de la sociedad soviética, luego con una definición revolucionaria de los derechos del ciudadano, de la empresa, de las repúblicas. Propiedad privada y mercado libre deberían llevar a la privatización y a la desmonopolización. No entramos en detalle sobre este plan radical (¡500 días!) porque no fue aplicado a la Unión, después de la adopción por el Parlamento soviético del último proyecto de reforma de Gorbachov (y Aganbegián, economista, consejero de Kossiguin, en los 60...). La alianza provisional entre Gorbachov y Yeltsin se acabó en este momento preciso. En diciembre 90—enero 91, el régimen se orientó claramente hacia la derecha (renuncia de Shevardnadze, intervención militar en los países bálticos, etc...) y sus reformas sectoriales (cambio de billetes, reforma de precios) le dieron la razón a Shatalin: "La sociedad soviética ha acumulado una gran experiencia negativa de reformas económicas, reformas en las cuales la gente no ve, hasta la fecha, más que un empeoramiento de sus condiciones de vida" (agosto 1990).

En 1990-1991, la recesión se agravó drásticamente en la URSS (-21%), mucho más que en Europa central (-16%) pero sin haber empezado reforma coherente alguna. El símbolo del fracaso económico de la perestroika se encontró en

las dificultades alimentarias y en los pedidos de auxilio emergente lanzados hacia el Occidente, en los inviernos de 1989, 1990 y 1991, cuando la cosecha de 1990 había resultado excelente. 1991 terminó en la recesión económica y en la bancarrota del erario público, tanto de la URSS como de las repúblicas. En diciembre de 1991, la URSS se acabó. Dejaba a las nuevas repúblicas y a la Comunidad de Estados Independientes una herencia nada envidiable, después de 7 años de crisis económica en espiral.

III

El golpe fracasado de agosto de 1991 acabó con la URSS. En septiembre fue reconocida la independencia de los países bálticos, luego de las repúblicas transcaucásicas, en diciembre. El tratado de Minsk fundó la Comunidad de Estados Independientes (11 de las 15 repúblicas de la URSS: no lo firmaron las 3 repúblicas bálticas y Georgia). El tratado prevé la libre circulación de las personas, los bienes, las divisas, pero en la realidad se manifestó en seguida la voluntad de independencia de las repúblicas y, adentro de Rusia, de las regiones y hasta de las ciudades. Dejemos a un lado el bloqueo económico de Armenia por Azerbaiján en el marco de la guerra del Alto Karabaj; pero ¿qué decir de las limitaciones que puso Ucrania a la exportación hacia la CEI de sus excedentes agrícolas? ¿De su incapacidad para pagar a Rusia las entregas de gas, lo que puede provocar la suspensión de dicha entrega? ¿Del aislacionismo monetario de Ucrania, de las repúblicas, hasta de los municipios y de las empresas que emiten "bilimbiques", "tlacos", bonos? Lo más grave fue la falta absoluta de concertación, a la hora de la reforma económica, entre las dos principales repúblicas, Rusia y Ucrania.

Bajo la dirección, en 1992, del primer ministro (interino), Egor Gáidar, el gobierno reformador de Yeltsin consiguió logros importantes. Lanzaron a principio del año un programa radical, inspirado por el plan de 500 días de Shatalin. Querían privatizar radicalmente, liberar los precios, crear un derecho económico y, en especial, permitir la propiedad privada de la tierra. En cada uno de los puntos de su programa, se toparon con el seudo parlamento, heredado de la Rusia soviética, quien contribuyó de manera decisiva, a través de su socio el director del Banco central de Rusia Guerashenko, a desatar una hiperinflación devastadora (30% al mes en julio, pero 50% en diciembre de 1992). La industria fue privatizada en un 5%, nada más; de las 60 000 empresas por privatizar en 1992, se logró solamente hacerlo con 15 000: comercio y servicios principalmente; el seudo parlamento ha vetado la propiedad privada de la tierra: el complejo militar-industrial ha recibido, contra la voluntad del gobierno, pero con la complicidad del Banco Central, todos los créditos que le permiten evitar su reconversión y pagar a trabajadores que no producen nada, o productos inútiles que van a inflar existencias de por sí enormes. En Ucrania pasa lo mismo con los astilleros del Mar Negro que mantienen 25 000 obreros para nada. Eso explica una caída de la producción industrial de 17.6% en 1992 mientras que el desempleo registrado apenas pasa del 1%. El costo es monetario: crecimiento del circulante (octubre: emisión de 192 000 millones de rublos, noviembre: 228, diciembre: 327) y caída en picada del rublo en el mercado internacional.

Sería indispensable que, cuanto antes, el Banco Central suspendiera su entrega anárquica de créditos a 6% a las empresas del C.M.I. y al Estado para que cubra sus gastos presupuestados. Como lo escribieron Jeffrey Sachs y David Lipton (*Financial Times*, 16 de octubre de 1992), pocos dirigentes rusos entienden los orígenes monetarios de la hiperinflación. Creen que nuevos créditos estimularán la producción (¿de qué? además) y que eso provocará la baja de los precios: "un fantasma del cual fue víctima, alguna vez, América Latina". Esos hombres políticos, con la excepción de Gaidar y de sus colaboradores, creen que hay que volver al control de los precios, de la tasa de cambio, a una economía orientada por los pedidos del Estado. Mientras Rusia sigue arruinándose, como lo ha hecho desde 1929, afectando sus recursos al C.M.I. y a todos los sectores civiles que dependen de él.

Algunos radicales dicen que Guerashenko, el director del Banco Central, fomenta adrede la hiperinflación, pero eso es racionalizar demasiado una historia en la cual pesan más las mentalidades y la confusión que la astucia política. Guerashenko, viejo soviético no puede pensar diferente de Arkadi Volski, dirigente del C.M.I. bajo Gorbachov y actual líder de la Unión Cívica, disque centrista, en el seudo parlamento: "lo que es bueno para la industria pesada (¡o Stalin!) lo que es bueno para el C.M.I., es bueno para Rusia." Hasta a Sobchak, el superdemócrata, aliado de Yeltsin, el poderoso alcalde de San Petersburgo, le cuesta trabajo aceptar la reconversión del C.M.I., ya que en su municipio existe una alta concentración de industrias militares y paramilitares.

Por eso le entra la duda hasta a Boris Yeltsin (después de todo, él no es economista) quien cae en el mismo error que Gorbachov en 1990, al aceptar compromisos con el C.M.I. Se equivocó, si pensaba así congraciarse con el pseudo parlamento. Le sacrificó a Gaidar para nada. Ya se vio lo que pasó en las sesiones 8a. y 9a. del Congreso. En cambio la hiperinflación puede echar todo a perder. En esas condiciones, no fue posible reducir el enorme déficit presupuestal. Yeltsin parece demasiado sensible, por razones claramente políticas, a visperas del referéndum de abril, a un discurso que no deja de ser soviético: el receso industrial amenazaría al corazón de Rusia; la desocupación tendría un costo social insoportable (afecta ahora a un millón de personas, mientras que en Francia afecta a 3, y en España a 26 o sea ¡17% de la fuerza laboral!); las subvenciones al C.M.I. reducirían los gastos sociales del Estado...

Desde el verano de 1992 Yeltsin frenó de manera notable el impulso inicial de su reforma económica; luego se enredó en un conflicto tipo *poliburo* con el seudo parlamento y no pudo darle todo su tiempo y la prioridad a la cuestión económica. La ceguera occidental no hizo más que agravar una situación de por sí muy difícil.

IV

Sigue pesando como una lápida funeraria sobre Rusia y las ex repúblicas hermanas, desde Kazajistán hasta Chequia. En la lógica estratégica de la fortaleza URSS, y según la "racionalidad" económica soviética, se daba la prioridad absoluta a la industria pesada, para fines político-militares: vencer al capitalismo en los campos de batalla, sobre tierra, mar y en el cosmos. Mucho se logró si se piensa en la bomba atómica,

el primer sputnik (1956), el primer vuelo espacial tripulado (1961), en la armada soviética, en sus 75 000 tanques, en la paridad global logra con los EE.UU. y en la superioridad en cuanto al cuerpo de batalla terrestre.

Pero el resultado económico y social ha sido fatal y la herencia desastrosa: la "lógica" de la división del trabajo ha dispersado adentro del ex imperio soviético fábricas segmentarias que hoy no pertenecen a ningún todo; las fábricas que, en Chequia o en Alemania del Este, fabricaban partes de armas, aviones, etc... luego armados en Ucrania o en Siberia, quedaron en el aire y su especialización vuelve muy difícil cualquier reconversión.

Desde 1929 reina el mito de la industria pesada, mito demasiado realmente encarnado en el complejo militar-industrial (C.M.I.). Rusia y muchas repúblicas de la ex URSS y Europa oriental siguen arruinándose, al afectar sus recursos a ese monstruo y a las industrias civiles pesadas que le están ligadas. Parece mentira, pero la producción de acero de la URSS rebasaba en un 80% la de EE.UU., cuando la economía soviética no alcanzaba la octava parte de la economía americana. Es absurdo producir tanto acero, pero la baja de producción, provocada en 1991-1992 por la baja de la demanda, es considerada como un desastre. Por cierto, cuando se publican estadísticas globales señalando una baja "catastrófica" de la actividad económica rusa, se olvida señalar que la baja afecta fundamentalmente al C.M.I., desde el fin de la guerra fría y de la carrera armamentista. Es que muchos dirigentes rusos siguen fascinados por un modelo económico viejo, de más de 60 años, y por lo tanto, no pueden entender la naturaleza de la crisis económica. Se olvida que el C.M.I. pudo crecer en esa forma, solamente a expensas de la industria de consumo, de la vivienda, de la salud, del comercio y de la banca. El mantenimiento del viejo sistema y su financiamiento irresponsable por el Banco de Estado lleva al país a la quiebra financiera y pospone la atención a necesidades socioeconómicas urgentes.

Ahora bien, no cabe duda que reconvertir el C.M.I. no es nada fácil: según datos oficiales de febrero de 1993, un trabajador de cada tres trabaja directa o indirectamente para el C.M.I., quien posee 60% de las estructuras en maquinaria y emplea 4 de cada 5 constructores, 4 de cada 5 científicos. Si se piensa que 150 ciudades y regiones enteras trabajan exclusivamente para el C.M.I., se entenderá la complejidad del problema. En todos los países del mundo, la paz cuesta más que la guerra: contra la ilusión popularizada por los pacifistas, el desarme cuesta muy caro. En Rusia, plantea un problema económico, social y político de escala mayúscula. ¿Qué hacer de este enorme sistema cerrado sobre sí mismo y desconectado de la economía real? La reconversión necesitará gastos astronómicos, los cuales serán parcialmente financiados por la liquidación de las existencias, o sea por el desarrollo de las exportaciones armamentistas legales e ilegales.

El C.M.I. ha resistido con éxito a los intentos de cambio. Ha denunciado como desastre nacional la "recesión industrial" cuando, en realidad, se trata más bien de una reducción lógica de sus propias actividades. Con el chantaje a la cesantía masiva, militares e industriales han obtenido créditos masivos y baratos que no han resuelto el problema económico y, sí, han acelerado tanto la inflación como el derrumbe del rublo. Lógicamente el C.M.I., apoyado por el

seudo parlamento, cuenta entre los enemigos del presidente Yeltsin.

En Rusia millones de personas viven en las 150 ex ciudades "prohibidas" (o cerradas), de las cuales muchas siguen cerradas hasta la fecha: los extranjeros no podían entrar nunca jamás, los ciudadanos de la URSS tenían que conseguir un pase especial. Nizhni Novgorod (Gorki en la era soviética) es un buen ejemplo de ciudad "prohibida" y, al mismo tiempo, un caso excepcional, nada representativo de inicio de reconversión. Nizhni Novgorod se "abrió" el 4 de septiembre de 1991, para enseñar al mundo sus fábricas de coches y camiones (140 000 asalariados), construcciones navales (110 000), aeronáuticas (Mig), la más grande empresa ferrocarrilera de Rusia, una de las centrales hidroeléctricas más grande del mundo, etc... Cientos de kilómetros cuadrados de zona industrial; Nizhni Novgorod con sus dos millones de habitantes es un caso único, porque aquí los reformistas controlan tanto el ayuntamiento, como el parlamento regional, lo que les ha permitido lanzar una exitosa reforma económica. En menos de un año se privatizó 40% de las tiendas y de los servicios, 84% de los restaurantes, nacieron emisoras radiofónica y periódicos libres. Lo más difícil empieza apenas: reconvertir los monstruos del C.M.I. Así la empresa "Azur" pasa bruscamente de la fabricación de equipos para la aviación militar, a la producción de televisores, videos, teléfonos, mediante importación de ciertas piezas y el despido de 1 000 de los 3 500 trabajadores...

¿Pero como reconvertir las 5 ciudades prohibidas en las cuales dos mil especialistas nucleares se dedicaban al montaje manual de bombas nucleares? ¿Y Krasnoyarsk -96, con su complejo subterráneo que realizaba y separaba el plutonio para usos militares y armaba satélites? ¿Qué hacer de los basureros nucleares? Las preguntas son numerosas y angustiosas. El peso del pasado es demasiado grande.

V

Occidente se equivocó una primera vez, al creer que Gorbachov podía realizar una verdadera reforma económica global para la URSS. Hasta el último día no pudo imaginar que Gorbachov no era el hombre de la situación y que la URSS tenía que desaparecer. Luego tardó en reconocer la legitimidad del presidente Yeltsin. Siempre aprobó a "más vale malo conocido..." para mantener la estabilidad en la URSS. Una vez eliminados Gorbachov y la URSS, Occidente (Japón es parte de ese colectivo mítico) se desinteresó de Rusia y de la C.E.I. Está bien que Dostoevski afirme que los europeos no han entendido nunca nada a su país; Churchill tenía razón al decir que no se podía prever la evolución de la URSS, ese "enigma rodeado de misterio"; pero nuestros políticos, economistas, periodistas manifiestan generalmente una falta de curiosidad y de sentido común demasiado grande. Por caridad me abstengo de presentar un catálogo de citas para los años 1986-1993... Mencionaré nada más el prejuicio generalizado contra Yeltsin y los reformistas, el prejuicio persistente contra Solzhenitsin, el prejuicio mantenido a favor de Gorbachov y la extravagante indulgencia a favor del pseudo parlamento quien manifestó claramente, en sus sesiones extraordinarias de marzo, su voluntad de regresar hacia atrás. Por una maravillosa coincidencia, ese VIII congreso de marzo del 93, recuerda al VIII congreso

del partido bolchevique, en marzo de 1919, el "Congreso de los Vencedores". Aquel tenía como programa pasar del capitalismo al socialismo, éste tiene como meta volver del capitalismo al socialismo. Pero Occidente prefiere ver en Yeltsin un aprendiz-dictador borracho o, en el mejor de los casos, un Fujimori déspota.

El dilema ruso, claramente planteado en marzo, es político y económico; ambos aspectos son inseparables. Por un lado, el presidente electo, único poder legítimo; por el otro, el pseudo parlamento, emanación del sovietismo que pretende volver al poder, realizando legalmente la toma de poder, sin sangre, realizando el golpe de Estado bolchevique sin violencia. Económicamente, el dilema opone la reforma radical a su abandono. Cualquier ambigüedad, cualquier ablandamiento lleva al estancamiento, al fracaso sufrido por Gorbachov. Las concesiones de Yeltsin no han frenado, ni la caída de producción industrial, ni la inflación. Al contrario. Cambiar el orden de las prioridades definidas a principios de 93 significaría la muerte de la reforma, aunque todos, incluidos los dirigentes del C.M.I., admiten ahora los méritos de la economía de mercado (sobre el modelo chino, por ejemplo).

El pueblo ruso parece ser en su mayoría partidario de las reformas. Ha manifestado una sangre fría y una paciencia comparables a las del pueblo mexicano, entre 1982 y 1990. Es cierto, como lo escribe Solzhenitsin que tanto la democracia política, como la economía deben venir de la base local, de la aldea, de la ciudad, del municipio, de las personas, de los que tienen contacto con la tierra, las industrias, el comercio, de los que se encuentran motivados por su pertinencia regional. Ahí está el ejemplo alentador de Nizhni Novgorod, vitrina de lo que podría ser la Reforma rusa.

Si Yeltsin triunfa pronto, si Rusia puede dotarse de una nueva Constitución, de un nuevo parlamento y privatizar la tierra, entonces todo será posible. ¡Ojalá y la crisis política presente abra los ojos a Occidente y lo lleve a intervenir en el sentido positivo de la estabilización económica de Rusia (y Ucrania)!

En 1992, cuando los reformadores arrancaron con fuerza, cuando Yeltsin no parecía tener adversarios políticos, el presidente Bush se dedicó a su campaña electoral y los EE.UU. se olvidaron de Rusia. Japón, por unas 4 islas minúsculas que Yeltsin no podía restituírle en el momento preciso, cuando empezaba su pleito con las fuerzas pardirrojas, soviético-fascistas, se portó de manera aún más irresponsable. Francia, Alemania e Inglaterra fueron más atentas, presentaron mejores análisis, pero su compromiso resultó poco más que inexistente; el pueblo americano, los pueblos europeos creen que han dado mucho dinero, mucho apoyo a Rusia, cuando, de hecho, sus gobiernos no han dado nada. Los 24 000 millones de dólares prometidos no pasaron nunca de ser un proyecto. Escasos capitales llegaron a Rusia bajo la forma de préstamos a plazo de uno o dos años. No se reprogramó la deuda externa, ni en su estructura ni en su calendario. Nada, no se hizo nada.

Sin embargo, el fracaso de la Reforma afectaría directamente a Europa e indirectamente al mundo. Como dijo hace poco Leonid Kuchma, primer ministro de Ucrania, "Si este gobierno fracasa, el próximo será uno que volverá al antiguo sistema. Pero entonces, el camino será mucho peor". □